

El final

Tras alcanzar la cima, comenzó a pedalear al límite de sus fuerzas y se dejó caer a toda velocidad por la cuesta. Por fin había llegado a una carretera en la que el tráfico de coches era escaso. Tan escaso, que desde hacía varios kilómetros no se había cruzado con ningún vehículo.

Estaba harto de dar vueltas en bicicleta por el parque. Es lo que había hecho con sus amigos durante los dos últimos años; pero las competiciones de obstáculos y de equilibrio ya habían dejado de interesarle. Lo aburrían. Y además se avergonzaba de sus juegos cuando había delante chicas, que cuchicheaban en grupo y se pasaban cigarrillos a escondidas.

Sus amigos le acompañaron por las calles del barrio, pero al abandonarlo y tomar una avenida, el grupo se había reducido a la mitad. Otros se detuvieron al pasar junto a un enorme descampado. Y cuando mucho después dejó atrás los últimos edificios de la ciudad, miró a su espalda y vio que estaba solo.

Cruzó una urbanización de casas bajas rodeadas de verjas, donde la carretera se estrechaba, y luego, en un cruce, se decidió por el lado en que ésta se introducía haciendo eses entre plantaciones de cereales.

Desde hacía ya mucho rato, la carretera no discurría entre cultivos, sino por montes casi pelados, cubiertos sólo por unas plantas enanas y secas, subiendo y bajando. El sol pegaba fuerte y se escuchaban cigarras. A veces parecía que

no existiera otra cosa que el sol cegador y el estruendo de las cigarras. Pedaleaba cada vez más despacio con la vista puesta en la rueda delantera, en la corta línea por la que parecía estar pegada al asfalto.

A lo lejos, al final de una larga recta, distinguió un punto blanco. El punto se fue haciendo más y más grande y cobró la forma de un campanario. Luego, tras un repecho, surgió el resto de la iglesia. Su tejado se había venido abajo y los muros estaban cubiertos de pintadas descoloridas.

Allí finalizaba la carretera. El asfalto se iba cubriendo de arena y desaparecía entre unos rastrojos, al borde de un barranco. Dejó la bicicleta, se asomó y vio el fondo lleno de grandes cantidades de basura y escombros.

Se rió de sí mismo cuando recordó que algún adulto, en cierta ocasión, le explicó que los caminos no tenían fin; se estrechaban y ensanchaban, se dividían, y a veces llegaban a puertos; pero tampoco entonces terminaban, porque los barcos seguían rutas, que eran como caminos, sólo que no se veían.

Habían querido tomarle el pelo. Aquella carretera terminaba allí, él había llegado hasta el final, y aquel paisaje era, con mucho, el más feo que había visto nunca.

*